

SÁBADO

**LASTESIS
SENIOR**
EL DESPERTAR
DE LAS
MAYORES
DE 40

**ALEJANDRO
ARAVENA,
ARQUITECTO**
"HE SIDO MUY
CONSCIENTE
DE MIS
PRIVILEGIOS"

BOMBEROS EN LA ZONA CERO

Ubicada en Vicuña Mackenna con Diagonal Paraguay, a tres cuadras de Plaza Italia, está la bomba que más emergencias ha atendido durante el estallido social. Al margen de los enfrentamientos entre manifestantes y carabineros, han sido testigos privilegiados de lo que ha sucedido en las calles de la capital, entre incendios, saqueos y batallas campales. A casi dos meses de iniciadas las movilizaciones, un grupo de sus voluntarios rememora para "Sábado" los momentos más álgidos de la Tercera Compañía de Bomberos de Santiago.

BOMBEROS EN LA ZONA CERO

Ubicada en Vicuña Mackenna con Diagonal Paraguay, a tres cuadras de Plaza Italia, está la bomba que más emergencias ha atendido durante el estallido social. Estuvieron en el incendio de Enel, en la fábrica Kayser, en iglesias y locales comerciales saqueados. Han sido amenazados y apoyados por encapuchados, y aplaudidos por miles de personas en su paso por las marchas pacíficas. Hoy, a casi dos meses de las movilizaciones, un grupo de sus voluntarios rememora para “Sábado” las jornadas más álgidas de las que tengan memoria.

POR ARTURO GALARCE FOTOS SERGIO ALFONSO LÓPEZ

Rodrigo Pineda, capitán de la Tercera Compañía de Bomberos de Santiago, dice que su grupo ha visto de todo. Batallas campales justo afuera del cuartel. Lluvia de piedras. Lluvia de lacrimógenas. Lumazos al cuerpo. Escupos y patadas al uniforme.

Han visto paz, violencia, bailes, consignas, alcohol, y esa gelatina incolora en la que se convierte un ojo destrozado por un perdigón.

Han visto cómo la gente los aplaude y los vitorea en medio de las marchas. Han visto a encapuchados amenazantes y a otros que los ayudan, estirando las mangueras o moviendo barricadas con los pies para abrirles el paso. Han visto cómo, desde iniciado el estallido, los llamados no han parado de sonar: solo entre los días 18 de octubre y 18 de noviembre, acuartelados, a medio dormir, a medio comer, los 93 volunta-

rios de la Tercera Compañía de Bomberos de Santiago atendieron un total de 135 emergencias. Más del doble de las que atendían en promedio por mes antes del estallido social.



La Tercera Compañía atiende a nueve comunas: Las Condes, Lo Barnechea, Vitacura, Providencia, Renca, Independencia, Recoleta, Estación Central y Santiago. Rodrigo Pi-

neda, el capitán, está sentado en su oficina en el segundo piso de este edificio casi entero de vidrios. Con el celular en las manos, repasando imágenes de los últimos días, recuerda el momento exacto en que su radio sonó aquel 18 de octubre. Se encontraba de regreso desde Til Til, dice, donde trabaja como prevencionista de riesgos en Cemento Polpaico. Ya habían ocurrido las evasiones en el metro, la destrucción de tor-



niquetes y el cierre del servicio que ese día colapsó la ciudad. La orden a través de la radio fue clara: acuartelamiento para todas las compañías de la capital.

Ya pasadas las seis de la tarde, cuenta el capitán Pineda, carabineros disuadía a manifestantes en Plaza Italia. Matías Leal, 25 años, uno de los bomberos más jóvenes de la compañía, fue testigo de ello: luego de atender un atropello en las cercanías del cuartel, el grupo de voluntarios acuartelados recibió un llamado que les alertaba de un bus del Transantiago incendiándose en Vicuña Mackenna con Providencia. Eran las 20:37 hrs.

—Había mucha gente en la calle —recuerda Matías Leal al interior del gimnasio de la compañía, improvisado como dormitorio desde el primer día de acuartelamiento—. Había muchas escaramuzas entre encapuchados y carabineros, pero no había consignas. Después de eso nos despacharon a otro lugar.

El siguiente llamado, a las 21:07, los trasladó hacia la otra esquina. Vicuña Mackenna con la Alameda. Una farmacia era incendiada tras un saqueo. Sin embargo, no pudieron acercarse. Según el capitán Rodrigo Pineda, uno de los protocolos de bomberos es no correr riesgos, siempre y cuando no haya vida de personas en peligro o llamas que amenacen con propagarse. Antes que todo, agrega, está la seguridad del grupo.

Una hora después, recibieron el llamado que los alertaba de un incendio en Santa Rosa con Marcoleta. El edificio de Enel estaba en llamas. O eso parecía ser en las imágenes que se viralizaron en los WhatsApp de la compañía.

—Era impresionante —dice el capitán Pineda—. No entendía cómo habían podido llegar a prender un edificio.



“Me apagas el fuego y te quemó el carro”, le dijo una encapuchada al bombero Dhiraj Vaswani.

Pero una vez en el lugar constataron la realidad: lo que estaba incendiado era la escalera de emergencia del edificio, que por norma, explica el capitán, debiese ser ignífuga y el lugar más seguro de un recinto ante las llamas. Mientras trabajaban en controlar el fuego, carabineros intentaba controlar a manifestantes en la esquina de Santa Rosa con la Alameda. Piedras y lacrimógenas volaban sobre el carro de la compañía.

—Para que ardiera como ardió tiene que haber tenido algún material inflamable —dice el capitán, sin aventurarse al origen de ese siniestro—. Fue igual que prender un fósforo. Hasta ese momento tú decías: “Bueno, es un incendio más”. No teníamos idea de lo que se nos venía.

Dos horas después el grupo se trasladó a otra emergencia: una barricada en Ayacucho con Monjitas. En el trayecto, vieron cómo otro bus del Transantiago ardía en José Miguel de la Barra. Se desviaron. Lo apagaron. Luego, en Ayacucho

extinguieron la barricada: una de las pocas que terminarían apagando en los próximos días, privilegiando el agua y la dedicación del grupo a los incendios de magnitud que se avecinaban.

Esa fue la primera noche que pasaron en el cuartel. Por televisión, cuenta el capitán Pineda, vieron imágenes de las estaciones de Metro que se incendiaban en comunas que no les corresponden como jurisdicción. Al día siguiente, el bus quemado en José Miguel de la Barra se convirtió en viral: un hombre se sentó en un asiento calcinado y tocó el arpa, mientras en Plaza Italia se congregaba la primera de las marchas del estallido social.

—Ese día empezó el saqueo —recuerda Rodrigo Pineda—. Pasada la una de la tarde quemaron cinco micros a un costado del cuartel. Y a las siete y media se armó una batalla campal entre piquetes de carabineros y encapuchados. Cuando de repente nos tocan la puerta.

Eran tres hombres cargando a un tipo más joven.

—Era un muchacho de unos 23 años —dice el capitán—. Venía con un pedazo de ojo colgando y un hoyo en su cuenca derecha. Gritaba y sangraba. Decía que no quería quedar ciego. Inmediatamente mis muchachos tomaron el botiquín y lo empezamos a atender. A tirarle suero fisiológico para tratar de limpiar. Cuando le estábamos poniendo un apósito entró otro muchacho más herido, con la mandíbula dislocada. Le había llegado un proyectil, algo en la cara. Llamamos al SAMU, que llegó de inmediato.

La ambulancia se detuvo al otro lado de Vicuña Mackenna. Una barricada separaba a encapuchados de carabineros, justo afuera del cuartel. Si bien durante las emergencias de ese día ya habían recibido el aplau-

so de manifestantes pacíficos, no sabían cuál sería la reacción de los encapuchados cuando entraran en escena. Ya habían tenido la experiencia de evitar participar en el incendio a una farmacia por el riesgo que significaba. Pineda es claro: aunque como bomberos prefieren mantener una posición neutra ante el actuar de encapuchados, condenan la violencia y los ataques incendiarios que se han desplegado en las calles.

—La condenamos —dice el capitán— porque está en nuestra fundación salvaguardar la salud y los bienes de las personas.

Para abrirse paso en medio de la pelea, Pineda llamó a los voluntarios más fornidos. Les pidió que cubrieran a los heridos para así acercarlos a la ambulancia. Él salió primero, levantando las manos, y el resto detrás.

—Automáticamente se detuvo todo —dice Pineda—. Hubo un silencio. Los carabineros parapetados, los que lanzaban piedras quietos. No voló ni una pluma. Cruzamos. Entregamos los heridos. Nos devolvimos al cuartel. Entramos y cerramos la puerta. Y empezó todo de nuevo.



Así, dicen los bomberos, es un incendio por dentro: solo humo y vapor, uno que otro destello rojo indicando que ahí están las llamas, y el ruido incesante del crepitar de la madera, del fierro o de los vidrios que se quiebran, y esos rugidos fuertes y breves que hace el fuego cuando una corriente de aire frío se cuela desde el exterior. La fábrica Kayser en Renca, dice el bombero Maximiliano Echeverría, 29 años, ardió de ese modo.

Hasta ese lugar, explica, llegó junto a la Tercera Compañía de Bomberos de Santiago para colaborar con las compañías de



Solo entre el 18 de octubre y el 18 de noviembre, acuartelados, a medio dormir y comer, los 93 voluntarios de la Tercera Compañía de Bomberos de Santiago atendieron un total de 135 emergencias. En la foto, el incendio de la torre Enel. “Era impresionante”, dice el capitán Pineda.



DAVID VELASQUEZ

esa jurisdicción. Los primeros fallecidos del estallido social ocurrieron en ese lugar, ese día, el 19 de octubre. Él fue testigo.

—Adentro se quemó todo —dice Maximiliano, barba de días, robusto, sentado en el *hall* de la compañía—. No quedó nada. Solo las estructuras metálicas de las mesas y las sillas. Había mucho vapor. Mucha agua. La estructura medianamente colapsada. En el segundo piso estaban los cuerpos de cinco personas. No estaban juntos. Estaban separados, repartidos en un mismo espacio de unos cien metros cuadrados. No había que moverse mucho para llegar de un cuerpo a otro. Uno de ellos estaba muy cerca de la escalera. Estaban totalmente irreconocibles. La carga calóri-

ca tiene que haber sido muy alta. Uno se insensibiliza con el tiempo, pero me chocó hartó.

Al salir, recuerda Maximiliano, escuchaba gritos y llantos. Decenas de personas se acercaban a carabineros y personal militar preguntando por sus familiares.

—Eso fue lo más complicado —dice—. Esquivar a las personas que estaban preguntando por sus familiares. Me acuerdo claramente de una mamá que preguntaba por su hijo. Uno no podía decir nada, primero porque no tienes la certeza, o porque quizá el hijo ni siquiera estaba en ese lugar. Guardar esa discreción es súper complicado. Sabías que uno podría ser su hijo.

Cuando guardaban el mate-

rial, recuerda Maximiliano, luego de varias horas de trabajo, comenzó a arder el supermercado Lider de enfrente. Javier Berríos, 72 años, bombero desde 1965, dice que nunca había visto algo así: un supermercado arder con esa agresividad en tan poco tiempo. Las horas anteriores que había pasado en ese lugar, prestando apoyo al carro de abastecimiento de agua, ya lo tenían sorprendido.

—Vi saqueos con mis ojos —dice Javier, flaco, alto, el pelo cano, sentado en un sillón de la compañía—. No me lo contó nadie. Era descontrol. Euforia. A la gente le daba lo mismo que uno los viera. Felices se llevaban las cosas. Lavadoras, televisores a cuestras. Algunos llevaban en vehículos y empeza-

ban a cargar.

Pero el fuego lo dejó atónito. —Nosotros no somos quien lo determina, pero yo miraba y decía: “Esto no es un cortocircuito. A esto le prendieron fuego por los cuatro costados” —recuerda—. Es muy difícil quemar un supermercado. Requiere de temperaturas muy altas. No es una molotov. Una molotov se va a concentrar en el lugar donde cae y lo más probable es que se apague.

La faena fue larga y no exenta de problemas: durante la noche uno de los grifos alimentadores se rompió mientras trabajaban. El grupo debió arreglarlo con ayuda de vecinos de un condominio cercano. Javier Berríos los vio de cerca, mientras sus compañeros combatían el fuego. No sabía de qué se trataba, ni que se convertiría en tendencia, pero los vecinos del sector vestían chalecos amarillos reflectantes. Algunos tenían perros y daban rondas por el condominio. Esperaban una turba, dice Javier, que nunca llegó.



La encapuchada miró al bombero Dhiraj Vaswani y se mantuvo quieta mientras lo amenazaba:

—Me apagas el fuego y te quemó el carro.

Fue a mitad de semana, dice Dhiraj. Las manifestaciones llevaban varios días, al igual que los intentos de varios grupos por incendiar la entrada de la estación Baquedano, en calle Antonio Burle, la más cercana a la comisaría situada al interior de la estación. Dhiraj Vaswani estuvo a cargo de esa emergencia.

—Se pararon unos treinta encapuchados frente al carro. Ella fue la única que habló. Le dije que había gente, que había carabineros allá abajo. “Son pacos”, me dijo, “y tienen que morir”. Tal cual. Estaban muy eu-

fóricos. Era una niña de unos 24 años. Avisé a la central y dije que se impedía el trabajo y nos retiramos. Los carabineros estaban con mangueras apagando el fuego desde adentro. No había peligro de que se fueran a morir.

Dhiraj Vaswani vive en un edificio junto al cuartel de bomberos. Desde ahí y desde el *hall* de la compañía ha visto cómo el fuego no solo ha marcado las manifestaciones a través de la violencia de su poder destructor: ha visto festividad en torno a las llamas, al final de las marchas, con grupos de personas bailando alrededor de fogatas como en un ritual primitivo. Sus compañeros han visto escenas sobrecogedoras. Han sentido miedo, por ejemplo, cuando apagaban el restorán La Hacienda Gaucha, y un encapuchado los miraba sentado en una silla, tomando una copa de vino. Han visto a personas desesperadas, gritando mientras ven desaparecer sus negocios por el fuego y figuras religiosas arder sobre el asfalto. También han visto la animosidad contra carabineros.

—En esta esquina en las mañanas hay carabineros que dirigen el tránsito —dice Dhiraj, melena, barba incipiente—. Por lo general, son puras mujeres a esa hora. Hace algunos días había una carabinera y pasan dos tipos. Le gritaron. Después se acercaron. Uno la escupió y el otro le tiró una piedra en el brazo. La carabinera colapsó. Se vino para acá, nos pidió permiso para lavarse la cara y se puso a llorar. Debe haber tenido menos de 30 años. Decía que estaba sobrepasada, cansada, aburrida. No daba más.

Por el cuartel, dice Dhiraj, han visto pasar a cientos de personas. Heridos, carabineros, gente borracha y manifestantes que vienen a inscribirse como voluntarios. El rol que

han cumplido, lo saben, ha sido destacado transversalmente: es la institución que más aprobación ha sumado durante el estallido social: 94,4% de aprobación según Activa Research. Carabineros un 15%. El Congreso y parlamentarios un 3,2%. El Gobierno y los ministros un 4,7% y 3,6%, respectivamente.

El capitán Rodrigo Pineda cree que no han actuado distinto a otras oportunidades. Sin embargo, reconocen voluntarios de la compañía, han intentado en la calle, al menos, no establecer contacto con carabineros y así evitar sufrir agresiones.

—Antes conversábamos con ellos —dice el teniente Rodrigo Mondaca, poco pelo, chaqueta de cuero—. Pero cuando empecé esto, tomamos la acción de no hablarles. Empezamos a tomar distancia para que no nos asociaran.

—Ellos mismos nos dicen: “Chiquillos, no se acerquen a nosotros” —agrega Vaswani.

A diferencia de carabineros, la mayoría de los voluntarios ha recibido aplausos de la población. Dicen que se les paran los pelos cuando recuerdan las veces que transitaron entre marchas y la gente les estiraba las manos. Dhiraj Vaswani cuenta que se sentía como un soldado héroe regresando de una guerra. Ninguno de ellos ha vivido lo que su compañero de cuartel ha pasado durante estos días. Su nombre es Michel Inostroza. Bombero y alumno de la Escuela de Suboficiales de Carabineros. Desde que comenzó el estallido, también debió acuartelarse, pero como carabinero. Solo ha podido participar de contadas emergencias de la compañía.

Hoy es su día libre. Michel contesta el teléfono. Acaba de llegar a su casa luego de comprar comida para el conejo que tiene de mascota.

—Como bombero me han tocado los aplausos —dice Michel Inostroza—. Y como carabinero las piedras. En este periodo, y como todo carabinero, he tenido que sacar fuerzas de la nada.

Cuando se le pregunta si ha disparado perdigones, prefiere no responder.

—Carabineros tiene que reestablecer el orden cuando se quebranta —dice Michel—. Yo

“Nosotros no somos quien lo determina, pero yo miraba y decía: ‘Esto no es un cortocircuito. A esto le prendieron fuego por los cuatro costados’. Es muy difícil quemar un supermercado”, dice Javier Berríos.

soy bien crítico, pero mi trabajo es mi trabajo y tengo que hacerlo bien. Psicológicamente ha sido estresante. Ir a la bomba me quita el estrés. Ser bombero es un respiro.

Los voluntarios del cuartel tienen un grupo de WhatsApp llamado “Volvamos a la seriedad”. Allí se expresan como civiles y no como bomberos. Comparten bromas, memes y comentan la situación que hoy vive el país. De vez en cuando las discusiones se vuelven aca-

loradas y algunos han preferido salir de ese chat. Maximiliano Echeverría, el bombero que vio los cuerpos calcinados en Kayser, dice que le ha tocado llamar a la calma, sobre todo cuando se lanzan insultos a carabineros. Les dice que se acuerden que en el chat también está Michel, uno de sus mejores amigos.

—Son tallas —responde el bombero y carabinero Michel Inostroza—. No me las tomo mal. Yo entiendo que para los civiles el mundo de Carabineros es desconocido. Pero somos personas normales. Siempre hacen bromas. Y si me lo preguntas como civil, hay muchas cosas que los cabros dicen en el chat sobre lo que piden las movilizaciones pacíficas y que tienen razón.



Hoy es jueves de la última semana de noviembre. Las emergencias y los disturbios afuera de la compañía han disminuido. El gimnasio aún sigue improvisado como dormitorio, por si es necesario acuartelarse más pronto que tarde. Se ven cansados mientras recuerdan con orgullo las semanas acuarteladas, los uniformes casi siempre mojados, y se lamentan de lo poco que han visto a sus familias.

Mientras los más jóvenes de la compañía cargan de una épica histórica su participación de estos días, en una sala, sentado, las palabras del bombero Javier Berríos sonaban más humildes y todavía sorprendidas de la violencia que les ha tocado presenciar.

—He estado en incendios tremendos —dice Javier, uno de los más longevos del grupo—. Estuve en el incendio de la papelería, en la torre Santa María, en el edificio Diego Portales. Pero nunca habíamos visto esto. Esto es distinto. Nadie nos preparó para algo así. S